

Literatura y desarrollo intelectual infantil

Andrés Díaz Marrero



©Andrés Díaz Marrero, 1994.

Ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional de Literatura Infanto-juvenil, el 3 de mayo de 1994.
Colegio de Artes y Ciencias de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez.

Literatura es el texto o discurso que sirve para el deleite y gozo estético de los lectores u oyentes de todas las edades.

La literatura infantil es la parte de la literatura general, cuyo discurso va principalmente dirigido a (o es hecho suyo por) los niños; bien, porque sus autores así lo quisieron, o porque los propios niños adoptaron dichas obras; aun cuando las mismas no estaban destinadas a ellos.

La literatura satisface, entre otras, las siguientes cuatro necesidades en los niños:

La primera: La necesidad de pertenecer

Todo niño necesita ser aceptado, sentirse orgulloso de su origen, ubicarse en su entorno social y ser partícipe de su cultura. La literatura, provee los más diversos ejemplos de convivencia. Con ella se transmiten costumbres, tradiciones, creencias y valores que ayudan a la integración del niño con la sociedad, ambiente y momento histórico que le ha tocado vivir.

La segunda: La necesidad de amar y de ser amado

Por ejemplo: Cuando el niño se identifica con el héroe de una obra, vive vicariamente y siente, al igual que éste, la satisfacción de ser querido. Además de que gran parte de los cuentos y poemas que se les ofrece a los niños gozan de la cualidad de la ternura, hablan del amor desinteresado, de la amistad y de la virtud de compartir.

La tercera: La necesidad de desarrollar valores éticos

Lo niños se identifican con los personajes que representan las causas nobles. Viven vicariamente las vicisitudes del (o de la) protagonista, que lucha con honestidad por sus principios y triunfa. Gozan al ver que la valentía, la verdad, y la honestidad prevalecen. La literatura se convierte en ejemplos de lucha entre el bien y el mal. Los personajes ejercen, en ésta, su libre albedrío y cada cual participa de las consecuencias de sus acciones.

La cuarta: (pero no menos importante) La necesidad de adquirir conocimientos

El niño adquiere de los cuentos y poemas, que escucha o lee, un cúmulo de información y conocimientos sobre la historia, la cultura y las ciencias, que enriquecen su vocabulario y estimulan su creatividad e imaginación. Esto es así, porque la literatura infantil toca, de alguna forma, todas las áreas esenciales del comportamiento humano.

La literatura para niños

Si examinamos las obras de literatura infantil, veremos que, las mismas, pueden ser clasificadas en tres grupos principales: Las escritas por los propios niños, las escritas para los niños y las adoptadas por los niños.

De las tres clasificaciones mencionadas, la primera: -La obra escrita por los propios niños- es la que, con todo rigor, podría clasificarse como literatura infantil. Los niños prefieren sus propios escritos, no empujan los defectos de expresión o estilo que tengan, porque los mismos son una expresión de su intimidad. Y aunque sus creaciones no deleiten a otras personas, ellos, se sienten deleitados y conmovidos con su obra.

La segunda clasificación: -La obra escrita para los niños- ha sido la que más amplia difusión ha logrado; difusión motivada en gran parte, por intereses comerciales. Es en esta literatura donde el calificativo de “infantil” debe ponderarse con mayor cuidado. En ésta el adulto se arroga el derecho de seleccionar lo que, él, considera propio para los niños. En la mayoría de los casos, el adulto lo que hace es imponerles sus gustos y prejuicios; o peor aún, ofrecerles un tipo de literatura que, según su criterio, tiene un propósito “educativo”. Es decir, obras cuyo fin primordial es el didáctico. Sin embargo, la experiencia nos señala que los niños aceptan, sin reservas, una obra cuando la disfrutan. El niño que disfruta de una obra, la vive. Se regocija con la belleza contenida en la prosa de un buen cuento y se deleita con el ritmo, la rima y la musicalidad de los poemas. Su fértil imaginación transforma la palabra, leída o escuchada, en magia evocadora de ensueños y de sentimientos.

La tercera clasificación: -La obra adoptada por los niños- merece nuestra más profunda reflexión. El Conde de Lucanor, Los viajes de Gulliver, Robinson Crusoe y los cuentos de Juan Bobo, entre otros, fueron creados para un público adulto. No obstante, los niños los han hecho suyos. ¿Por qué? La explicación es, a nuestro entender, sencilla: Los niños adoptan una obra, no dirigida a ellos, escrita por un adulto, cuando la misma los conmueve y deleita. Conmover y deleitar, son, precisamente, las características esenciales de la literatura; ya que la capacidad de deleitar y conmover es lo que convierte al texto en uno literario. Cuando el texto o discurso nos ofrece información, pero, es incapaz de causarnos gozo estético y conmovernos, lo llamamos LECTURA.

La Lectura es un excelente medio para informar, su discurso es más objetivo y su contenido apela a la lógica y al razonamiento. Por otro lado, el lenguaje literario es uno subjetivo, ambivalente, cargado de sugerencias dirigidas a la emoción y a lo afectivo. Si no tenemos clara la distinción, entre Literatura y Lectura, podemos caer en el error de intentar sustituir la una por la otra. Cosa que, con demasiada frecuencia, ¡ocurre en los actuales textos escolares!

No obstante, los textos de Lectura son, sin discusión alguna, instrumentos idóneos para transmitir información. Esto se hace patente en los libros de Historia, Ciencias y Matemáticas. Pero no justifica la sustitución de la Literatura por la Lectura cuando de géneros literarios se trata. Son demasiado, los textos escolares en los que se intenta sustituir el cuento por una prosa insípida y de sustituir la poesía por una burda versificación.

Sobre Los Orígenes de la literatura infantil.

No sabemos con certeza, cuándo, dónde, ni cómo se originó la literatura infantil. Reconocemos, sin embargo, que la literatura toda, y muy especialmente la infantil, ha recibido una enorme influencia del folclor. La palabra folklore fue creada por el Sr. William J. Thoms, en el año 1846, para designar el conocimiento sobre las costumbres y creencias de los pueblos. Folk equivale a gente y lore a sabiduría (o a conocimiento común). Las obras del folclor son anónimas, son creaciones colectivas de los pueblos que nos han sido transmitidas, principalmente, a través de la vía oral.

Raimundo Lulio, en España; Charles Perrault, en Francia y los hermanos Wilhelm y Jacob Grimm, en Alemania, entre otros, han recogido del folclor los ingredientes esenciales para construir su literatura: Las creencias en hadas, brujas, duendes, encantamientos, sortilegios, etc. Cabe aclarar, que dicha literatura no estuvo, originalmente, destinada a los niños. Por tal razón, muchos de los cuentos, recogidos, estaban plagados de violencia: torturas, traiciones y asesinatos. Hubo que pulir y desbrozar muchos de ellos para adecuarlos a los niños.

Los primeros libros infantiles

Los primeros libros, intencionadamente, destinados a los niños fueron, en su mayoría, producidos por pedagogos encargados de la instrucción de los hijos de los nobles y de las familias ricas. Predominaban en estos, las cartillas y abecedarios para enseñar a leer, los catecismos doctrinales, libros de historia, de fábulas, de aritmética, de modales y buenas costumbres, etc. Estos libros didácticos se enfrentaban, en aquel entonces, a las leyendas y cuentos folclóricos que, a pesar de su rudeza, capturaban la imaginación del niño.

Desde entonces, la batalla por la hegemonía entre el propósito didáctico y la finalidad estética, en la literatura infantil, continúa. De un lado están los que piensan que el propósito esencial de la literatura para niños debe ser didáctico. Según quienes así piensan, la función primordial de los cuentos y poemas es la de transmitir conocimientos e instruir. Por otro lado, estamos, los que consideramos que la principal función de la literatura infantil es ser disfrutada.

Históricamente, los niños han demostrado predilección por las obras que les causan deleite y gozo, sobre aquellas, que bajo el disfraz de literatura infantil, procura instruirlos. En este particular, los niños, son mucho más sabios que los adultos, pues, saben distinguir entre lo utilitario y lo bello, entre lo material y lo espiritual. Y es, vale aclararlo de una vez y por todas, que, a nuestro entender, la literatura no se crea con un fin didáctico, sino estético; la belleza y su goce es su propia finalidad y la enseñanza que ésta pueda contener nos viene por añadidura.

Aquí, debo hacer un alto para una necesaria perogrullada: -Toda obra de creación literaria contiene ingredientes de sobra para construir conocimientos-. La obra literaria es, en sí misma, una inagotable fuente de enseñanza. La diferencia fundamental entre la obra didáctica y la obra literaria es su propósito: La primera, procura comunicar una verdad; la segunda, procura expresar belleza. Se impone, pues, establecer una clara distancia entre el propósito literario y el fin predominantemente didáctico. El texto escolar es tan insustituible como la obra de creación literaria; ambos se complementan, pero, ¡no son intercambiables!

Una de las virtudes cardinales de la literatura es su capacidad de encender la imaginación del lector u oyente; de sensibilizarlo, de despertar su fantasía y de hacerle soñar. Hacerle soñar, sí, pero, su propio y exclusivo sueño. Un sueño individual y único; incapaz de ser evocado por ninguna otra persona; aun cuando ésta escuche o lea el mismo cuento o el mismo poema.

La literatura, como bien nos ha dicho el poeta puertorriqueño, Manuel Joglar Cacho, es: faena íntima; faena íntima, tanto de quien la escribe como de quien la disfruta. Por ejemplo, cuando leo sobre la belleza de un personaje ésta se convierte, no en la belleza que el autor me quiso transmitir, sino, en la que yo imagino. La descripción del color de sus ojos se matiza conforme a mis deseos y hasta la sonrisa deja de ser la señalada por el autor, para convertirse en la que yo quiero e imagino. La literatura hace autores de todos nosotros, pues cuando leemos o escuchamos una obra la recreamos a nuestro antojo mediante el poderoso recurso de la imaginación.

No obstante su capacidad sensibilizadora, la obra literaria se enfrenta en la actualidad a dos grandes colosos de la tecnología: al cine y a la televisión. Ambos, salvo notables excepciones, ofrecen versiones, predigeridas y mediatizadas, de los géneros literarios, con el único fin de entretener. La profundidad y la calidad de la obra es sustituida por la superficialidad y la dejadez intelectual. El tiempo dedicado al disfrute literario se reduce; la televisión y el cine acaparan la atención del espectador, le neutralizan el poder de la imaginación y le adormecen la sensibilidad. Paradójicamente, en ningún otro tiempo, como en el presente, el ser humano ha tenido, tan a la mano, los medios técnicos para la difusión de la palabra escrita y hablada. Esto acompañado de la enseñanza gratuita, que provee el sistema de educación pública, y a la obligatoriedad de los padres de enviar a sus hijos a la escuela, ha hecho del analfabetismo clásico cosa del pasado.

Ahora bien, presuponiendo que luego de un proceso de enseñanza-aprendizaje, el niño logra aprender la mecánica de la lectura y con ello adquiere la capacidad de descodificar los signos de la palabra escrita, ¿es esta la meta a la cual debemos de aspirar? ¡No!, ¡Claro que no! No basta con vencer el analfabetismo. Es necesario convertir al niño en un buen lector. Es decir, en un lector que no sólo comprenda las lecturas que le permiten conocer el mundo material externo sino que comprenda y disfrute, también, de la literatura que lo lleva a descubrir su mundo espiritual interno.

Antonia Sáez, en su libro *La Lectura Arte del Lenguaje*, nos advierte sobre el principal escollo para lograr buenos lectores, y citamos:

“...hemos desvirtuado la significación de la lectura. Al sobrestimar su valor como instrumento de conocer, al darle extensión la hemos vaciado de profundidad.”

Ciertamente, la cuestión no es la de desdeñar el texto de lectura y con ello el necesario conocimiento del mundo material. Después de todo, nosotros y la totalidad de lo que nos rodea, no somos sino conjuntos de átomos organizados, es decir, materia. Pero, a la extensión del conocimiento del mundo material hay que añadirle la profundidad ética y estética que nos ofrece la literatura. Ya que ésta incrementa la capacidad imaginativa del niño, sensibiliza su poder intuitivo y lo predispone hacia la creación estética. Para lograr lo anterior, debemos rescatar la herencia de mitos, leyendas, fábulas y cuentos folclóricos apropiados para los niños. Debemos ofrecerles literatura infantil, de calidad, creada por escritores internacionales y propios. Debemos exhortar a cada niño a crear sus propios cuentos, canciones y poemas.

La literatura ayuda al niño a desarrollar la capacidad para enjuiciar las actitudes de los personajes frente a una situación de conflicto y a relacionar dichas actitudes con sus propias experiencias y valores. A través de la obra literaria éste puede vivir vicariamente las peripecias de los personajes: participar con ellos de la alegría, del peligro, del dolor, del triunfo, etc. sin recibir un sólo rasguño. En otras palabras, la literatura le ayuda a teorizar su vivir; pues, con ella aprende a evaluar situaciones, a valorar comportamientos y a predecir consecuencias.

Resumiendo: La lectura ayuda al niño a desarrollar destrezas de Pensamiento Conceptual: destrezas que utilizamos para solucionar un problema o tomar una decisión. La literatura va aún más allá, pues lo ayuda a desarrollar destrezas de Pensamiento Creativo: destrezas que nos permiten no solo solucionar problemas y tomar decisiones sino crear una, -nueva y original-, relación conceptual; con elementos, hechos y situaciones no vinculados anteriormente. La creatividad es la destreza de pensamiento más compleja, pues, en ella se combinan la intuición, el concepto y la imaginación. La misma, como toda destreza, puede ser adquirida y desarrollada.